

CRITICA DE JOSE ENRIQUE RODO *

Luchaban en el mundo espiritual de Rodó, dos principios opuestos, que nunca pudieron anularse, conciliarse, ni destruirse del todo: el diletante de tendencias escépticas y el hombre de fe. Escéptico, mal contento, hombre de convicción sin credo. Rodó siente que dos genios enemigos se vigilan y avisan recelosos en la intimidad de su conciencia. Acertar a conciliarlos sería para él realizar un tipo humano de prócer y rara estirpe espiritual, cuya ejemplar excelencia reconoce y pregona.

Un problema preocupa a Rodó a todo lo largo de su carrera: el de la personalidad. En "Motivos de Proteo" el estudio de las vocaciones gira sobre estos dos polos: respeto a la entereza de la personalidad; provocación del cambio, de la renovación permanente de la personalidad. En Ariel, análoga preocupación, trasladada al estudio de las condiciones de América, lo obsede; respeto a los lineamientos originales del ser colectivo de Hispano-América, cuya entereza de personalidad ambiciona, sin mengua de una capacidad sin límites para educarse en todo ejemplo humano y preparar, renovándose siempre, un futuro mejor. Su ideal es siempre el de crear personalidades de rasgos bien pronunciados, de firmes y claras líneas, ampliamente abiertas a los influjos extraños, retocadas, per-

* *La Mañana*. Montevideo, mayo 1º de 1949.

feccionadas, sin tregua, "por el cincel perseverante de la vida".

No es de extrañar que su actitud de crítico literario frente a las ideas y tendencias que juzga, sea determinada en gran parte por idea análoga. El crítico ideal llevará su inexhausta virtud de simpatía, el don de metamorfosis, el don de proteico de Sainte-Beuve, hasta donde no importe renuncia o abdicación de la persistencia y firmeza de la propia individualidad.

Con clara decisión surge Rodó a la vida literaria, participando de muchos de los anhelos que movían a los espíritus jóvenes hacia nuevas formas del arte y del pensamiento; pero afianza también la celosa autonomía de su personalidad. Traza una línea divisoria entre su posición y la de los dóciles secuaces de las tendencias en boga. Se resiste a aplaudir sin reserva a la juventud que "juega entonces en América al juego literario de los colores"; separa cuidadosamente el juicio sobre Rubén Darío del de los discípulos e imitadores que se agotan en frívolas y fugaces parodias. La existencia misma de escuelas o grupos, plantea un problema que Rodó enfoca anunciando como cardinal idea la que se refiere a la independencia y plena virtualidad de expansión de las personalidades. Las escuelas se acrecen por un impulso de imitación. Cierto que, para muchos, la palabra del maestro que congrega y adoctrina es el punto de partida de fecundos descubrimientos. La revelación de todo nuevo pensamiento o forma, el anuncio de posibilidades ignoradas, despierta para la acción o para el ensueño, energías que parecían destinadas a dormir sin empleo en las almas, abre a ansias y ambiciones, rutas y tierras inexploradas. Ruedan secas fórmulas y doctrinas ya caducas, y se prepara un renuevo primaveral.

Buenas, legítimas y aun necesarias son las escuelas en cuanto encarnan y expresan las tendencias o modalidades de una época o de un momento. Funestas en cuanto imponen, siquiera transitoriamente, normas y reglas, en cuanto exigen tiránica adhesión a sus ritos, y atan vendas de fanatismo e incomprensión. Un párrafo de Proteo habla de la falsedad radical de las escuelas y desenvuelve con atinados ejemplos y bien concertadas razones estas ideas. Pondérase allí el influjo de las escuelas, movedoras de falaces aptitudes y vocaciones desorbitadas.

Más expresiva aún del pensamiento de Rodó es la transposición afirmativa de la fórmula: la verdad relativa de las escuelas, fórmula deducida de la modalidad esencial de su pensamiento. Todas las que son dignas de vivir, aunque sea sólo fugazmente, refractan un rayo de verdad o de belleza al través de cristales de más o menos transparencia; ninguna concentra en un punto la verdad y la hermosura integrales.

No es tan clara la respuesta si avanzamos más para inquirir los principios del juicio estético de Rodó. Rechazo de la crítica definidora, absoluta, de alarde dogmático; reconocimiento de la necesidad de convivencia de infinitas formas del arte, simpatía hacia la originalidad y el talento dondequiera que surjan. A los artistas no señalarles un camino sino el consejo de indagar el alcance y la dirección de sus propias facultades, de nutrir con su carne y con su sangre el ideal propio, de seguir siempre su estrella. Para cada forma de arte, y aun para cada espíritu de artista (la frase transcrita evoca el recuerdo de una fórmula famosa de Taine), un clima moral. Pero luego, nada en Rodó que recuerde aquella íntima trabazón de razonamien-

tos y de hechos con que el maestro enuncia su ideal en el arte, haciendo metafísica sin pretenderlo y olvidando sus propósitos de imparcialidad científica. No niego que Rodó confesara preferencias y predilecciones; que realza al arte militante, de contenido humano; que propaga una tendencia de americanismo diluido en prudentes fórmulas... Pero no tuvo, ni esclareció principios de filosofía estética coordinados y, menos aún, originales. Su crítica es ecléctica por naturaleza. La afirmación y defensa de este eclecticismo es la única rotunda que campea en su obra crítica. Dotado de vastas lecturas, su gusto y su simpatía no tropezaron nunca en cerradas fronteras. Pero, ¿dónde está la concepción suya, personal, arrancada en un desgarramiento sagrado de sus entrañas vitales para legarla a sus discípulos? Aquella aspiración de conciliar todos los credos en una doctrina de suprema armonía no es más que una vaga y flotante quimera idealista. Ecuánime consejero, dadivoso maestro, en cuya tendida mano nada encontramos para nutrirnos, como de agua y de pan...

En una somera página de la *Revista Nacional* enumera Rodó a sus críticos literarios predilectos, casi todos franceses. "La crítica de Boileau podría simbolizarse en un aula de niños austeros y sombríos, donde una palabra de entonación dura y dogmática impone la autoridad de un magisterio altanero. En la crítica de Villemain o la de Valera respiramos un tibio y perfumado ambiente de salón, donde se conversa con donaire exquisito sobre cosas de arte. La de Taine nos lleva a un magnífico laboratorio, en el que un experimentador opulento, que es a la vez hombre de selecto buen gusto, ha puesto la suntuosidad de un

gabinete de palacio. La de Gautier nos conduce por una galería de cuadros y de estatuas. Leyendo a Macaulay nos hallamos al pie de la tribuna, bajo el imperio de una elocuencia avasalladora. Con Menéndez y Pelayo penetramos en una inmensa biblioteca. Con Sainte-Beuve nos allegamos al archivo interno que guarda condensada el alma de cada autor. Hay también allá en los arrabales de la ciudad del pensamiento, un tugurio estrecho y miserable donde un mendigo senil ve pasar, con mirada torva y recelosa, a los favorecidos con los dones y triunfos de la vida, juventud, fortuna, belleza. Es la crítica por quien dura y maldice eternamente en el mundo literario el espíritu de Zola”.

¿Y la crítica de Rodó? Imaginemos la hospitalidad de un magnánimo señor que agrupa en su salón, decorado de efigies pensativas, a poetas, artistas, hombres de acción y conversa, con grave señorío y parco ademán, de temas elevados, que le sugieren nobles reminiscencias de lecturas. Su palabra de armoniosa medida, lleva toda disputa a un término de apaciguamiento y de concordia, atempera la viveza pasional de los interlocutores jóvenes, reduce la terquedad de los que no comprenden, prodiga palabras cordiales para premiar cada pensamiento fuerte, cada frase elegante, cada acción varonil, pero jamás se da del todo y cierra cortésmente su intimidad a miradas indiscretas y curiosas. Así podría simbolizarse la crítica de Rodó.